

prefiriendo siempre el acíbar de los desengaños a la miel de los halagos.

Si la obra de Mariátegui, es un himno de su inteligencia sutilísima, que todo lo comprendía y todo lo abarcaba en juicios y puntos de vista de arrebatadora originalidad, es también espejo de su cristalino espíritu y de su corazón hecho para el dolor y para todas las comprensiones.

Por eso ante la muerte de este hombre cuya envoltura encerró un alma y

un cerebro de armonioso cristal, ante el viaje a lo eterno de este hombre que embelleció la vida con su ingenio sutil, que fué camino y fué faro de enseñanzas, que supo siempre sonreír ante todas las sorpresas, que fué un maestro inimitable de optimismo y de voluntad, que devolvió la fe a muchos con la abnegación y el ejemplo de su vida, hagamos de su memoria un culto y de su vida inmaculada la más bella enseñanza.

Fabio Camacho

Estampas

Contribución para un Diccionario de Citas

(Envío del autor).

Hoy hemos olvidado todos los sucesos nacionales y, como si tuviéramos el plan de recoger material para un libro que se llamara *Contribución para un Diccionario de Citas*, nos hemos puesto a entresacar las que siguen. Las tomamos de nuestras propias lecturas. Es posible que con el transcurso del tiempo alguien las encuentre aprovechables y nos bendiga.

«Consolaos, pobres gentes. No sois los únicos a quienes se les han hecho muchas promesas. Sucede a veces en los barcos cargados de esclavos que durante una tormenta, cuando el buque está en grave peligro, se acude a pedir socorro a los negros, amarrados con cadenas en la oscura bodega. Se les desata, se les promete por lo más sagrado darles libertad si salvan al buque con su trabajo. Los infelices negros salen jubilosos a la luz del día gritando ¡hurra!, precipítanse a las bombas, trabajan hasta agotarse, ayudan cuanto pueden, trepan, saltan, cortan los mástiles, amarran los cables: hacen en suma, de manera que consiguen evitar o vencer el peligro. Y en seguida, como es natural, son conducidos nuevamente a la bodega, son otra vez muy comodamente encadenados y en su negra miseria pueden entregarse a demagógicas consideraciones sobre las promesas de los tratantes en almas, cuyo cuidado, una vez que pasó el peligro, es ver si pueden comprar a buen precio algunas almas más.»

Al que tenga que hacer uso de esa cita con ocasión, por ejemplo, de las promesas de ciertos políticos que para no ver naufragar su vanidad comprometida en una campaña política, llaman a maestros y profesores a la danza de la propaganda electoral, tendrá que decir: «Como dijo Enrique Heine en su cuadro de viaje *Italia*.» Y después, si el que trae a cuento la cita quiere hacer reflexiones, abominará de los tratantes en almas. Y especialmente de estos tratantes de almas de maestros. ¿Por qué incursionan los caciques de la política en un campo digno de una estimación mejor? Menguados tratantes en almas para quienes prometer y defraudar luego es un refinamiento de la inteligencia.

«Propúsose en una ocasión retraer al

pueblo romano del intento a que le veía decidido de que se hiciera distribución y repartimiento de trigo, y para ello empezó su discurso de esta manera: Ardua cosa es, ¡oh ciudadanos!, querer hacer entender del vientre, que no tiene oídos.»

Diría el citador que así dijo Catón y que así podría seguir diciendo en presencia de los apetitos de tanto vientre como ambula y pulula por el mundo. La sordidez del vientre es eterna. Desafortunados los países en donde crece y centuplica sin poda que la vuelva estéril. Están expuestos a toda vulneración. Cunden las acechanzas de adentro y de afuera y siempre el vientre se muestra de primero y cuenta de sus recursos para triunfar. Como se arrastra no percibe ninguna voz superior. Pero es lince para rastrear el salario que se le arroja. Todas las defensas de un país las husmea y cataloga y sabe cómo abrir la brecha que proporcione el escalamiento. El conquistador de afuera no puede prescindir del vientre que lo ayuda y le limpia de estorbos el camino. Aquí los vemos en una mancomunidad agresiva burlándole leyes a la nación, acaparando tierras, afianzando monopolios, aniquilando la nacionalidad para que la esclavitud tenga más blandos deslizaderos.

Sigue siendo eterna la sordidez del vientre. ¿Qué hacen los países por secar esas entrañas tenebrosas?

«Catón arrojó de intento en el Senado higos de Africa, desplegando la toga, y como se maravillasen de la hermosura y tamaño de ellos, dijo que la tierra

que los producía no distaba de Roma más que tres días de navegación.»

Esa tierra era Cartago. El romano la veía con codicia. El amante de las citas haría uso de ésta al pensar que los sucesos históricos pasan y vuelven a tener actualidad. Los higos de Africa se producen hoy en América y el espíritu de Roma los sigue codiciando desde el Norte. Sobre las mesas donde el capital esclavizador planea incursiones, deja caer el recuento de los grandes recursos económicos de estos países. ¿Quién tiene esos recursos? interroga azorado el fenicio. Y el agente de la conquista puede decir también como el romano que las tierras que los poseen no subyugados todavía, no distan de ellos sino muy pocos días. Sólo que ya el término navegación va cayendo en desuso y el gerifalte tiene que referirse al vuelo. Pocos días de vuelo hacia el Sur ponen a la voracidad del Norte en el dominio de los higos de América. La conquista de las rutas aéreas sigue dominante. Estos países no oponen ninguna resistencia y consideran como el disfrute de la civilización entregar sin reservas el aire a la sola explotación norteamericana. No son esas compañías nada más que instrumentos de conquista. Detrás de ellas esta el nuevo espíritu de Roma. Los higos de América se recogerán más fácilmente en los aviones que pueden vaciarlos ante los ojos voraces horas después de haber planeado la conquista. Una sola red de aviones cruzará la tierra de la moderna Cartago, que es la segunda Africa.

Mientras tanto dormimos y nos halagamos con el poder del progreso servido por el capital esclavizante del Norte.

«Es grande obra dijo el cortesano, y sobrado grande, pues es sólo para grandes personajes; y yo no tengo por buen oficial al que quiere calzar a un enano el zapato de un gigante.»

Estamos en la veta riquísima de Gracián. ¡Cómo es de jugosa la enseñanza de este azotador del farisismo! Una cita como la anterior serviría al que viendo los esfuerzos de los naufragos de la política queriera por ponerse de actualidad en un país, tuviera que tratarlos despiadadamente. ¿Qué hicieron mientras el favor público les dió honores y los puso en condiciones de señalarle rumbo cierto a un país? ¿Qué avance le dieron a la legislación educacional, económica, agrícola? ¿Cómo trataron a las juventudes? ¿Tuvieron la aspiración de dotarlas de medios para que destacaran de entre sus mejores aquellas unidades que el futuro exigiera para seguir la batalla por la libertad y el progreso? ¿Qué hicieron los naufragos que hoy se lamentan? Allí están los mismos problemas de hace cuarenta años sin haber encontrado rumbo libre de desempeñaderos. Y esos que hoy visten, ocultándola, la vestidura del naufrago, tuvieron frente a frente esos problemas y los ladearon nada más que para terminar un período de gobierno en paz. ¿Cómo, entonces, se quiere exaltar de nuevo la figura vetusta, calzarle el zapato del gigante?

Porque un país no se redime de sus

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades